

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1.ª ÉPOCA ■ Año 1886.

CONMEMORACIÓN DEL I CENTENARIO DE «ARCHIVO HISPALENSE»



SEVILLA, 1986

SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

TOMO. I

AÑO



1886

SEVILLA

En la oficina de El ORDEN, Águilas, 11.

ÍNDICE

	Páginas
A nuestros suscritores. Plan de la publicación del <i>Archivo Hispalense</i>	5
Establecimientos de Caridad de Sevilla. Hospital de la Santa Cruz, llamado vulgarmente de las <i>Tablas</i> .—Pedro Pecador; por don Francisco Collantes de Terán.	6
Pedro Pecador en Sevilla.—(Conclusión).	13
Reconocimiento del cuerpo de San Fernando, manuscrito curioso de la Biblioteca Colombina.	19
Dictamen facultativo del Doctor Caldera, que asistió al mencionado reconocimiento.	27
Adicciones y correcciones de D. Justino Matute y Gaviria al tomo IX del <i>Viaje de España</i> , por D. Antonio Ponz, (trata de Sevilla) anotadas nuevamente por D. José Gestoso y Perez. —Carta 1. ^a	32
Continuación.	143
Continuación.	310
Conclusión	364
Carta del Presbítero D. José María Blanco á D. Alberto Lista, con notas de D. José Vazquez y Ruiz	44
Pintores Sevillanos, siglo XV.	47
Jornada de D. Fernando de Ribera Enriquez, Duque de Alcalá, para dar la obediencia á Urbano VIII, en nombre del Rey D. Felipe IV. Relación escrita por el licenciado Pedro de Herrera, Dean de Tudela	50

	Páginas
Continuación	92
Conclusión	129
Miscelánea.—Restauración de la Capilla de Nuestra Señora de la Piedad en la Parroquia de Santa Marina.	61
Obras de la Catedral de Sevilla.—Junta encargada de administrarlas.	64
Venta de la colección de monedas y medallas del Sr. D. Antonio Calvo Casini,—vecino que fué de Carmona.	64
Edicto publicado en 1517 por el Maestro D. Alonso de Campos, convocando oposición á las primeras plazas de colegiales del mayor de Santa María de Jesús (vulgo de <i>Maese Rodrigo</i>) Uni- versidad de Sevilla, con una introducción de D. José Vazquez y Ruiz.	65
Acta notarial del nombramiento de los primeros colegiales.	72
Establecimiento de Caridad de Sevilla.—Hospital de Nuestra Se- ñora de la Paz (San Juan de Dios) por D. Francisco Collantes de Terán.	79
Conclusión de dicho estudio	177
Poesías del Padre Roa, por D. José Vazquez y Ruiz.	105
Romances del mismo	165
Documentos curiosos del archivo municipal de Sevilla.	115
Miscelánea.—Entrada solemne en la Santa Iglesia Catedral del Emmo. Sr. Cardenal Gonzalez, que por segunda vez viene á ocupar la silla Arzobispal	118
Lápida conmemorativa de la visita que hicieron los representantes de las Reales Academias de la Historia y de S. Fernando á la <i>Necrópolis</i> descubierta en Carmona	120
Reseña de la excursión á dichas ruinas.	174
Memorias de los <i>Obispos de Marruscos</i> y demás auxiliares de Sevi- lla ó que han ejercido en ella funciones episcopales, por don Justino Matute y Gaviria, con notas y adiciones, de don Joaquín Hazañas y la Rúa	121
Continuación de dichas memorias	197
Continuación	225
Conclusión	273
Memoriales dirigidos al Cabildo de Sevilla, por D. Pablo Espinosa de los Monteros pidiendo ayuda de costas para la impresión	

	Página
de las partes segunda y tercera de la historia de esta Ciudad.	170
Otro documento referente al mismo autor.	222
Sevillanos ilustres.—Copia de una carta de Pedro Amador de Lezcano dando cuenta de la vida y muerte de D. Fernando Afan de Ribera Enriquez	213
Conclusión	329
Otra carta del Secretario Juan Antonio de Herrera, sobre el mismo asunto	338
Columnas del paseo llamado Alameda de Hércules.	224
Documentos autógrafos é inéditos del general D. Francisco Javier Venegas, primer Marqués de la Reunión de Nueva España con notas, por D. Manuel Gomez Imaz.	241
Continuación.	322
Conclusión.	343
Noticias del Doctor Benito Arias Montano, por D. Justino Matute.	249
Historia y sucesión de la Cueva.—Poema inédito escrito por Juan de la Cueva	261
Conclusión del primer libro	290





HISTORIA, Y SUCESIÓN DE LA CUEVA,

POEMA ESCRITO POR

JUAN DE LA CUEVA

Y DEDICADO

A DOÑA ANA TELLEZ GIRÓN
MARQUESA DE TARIFA

POR darle con el patrocinio de V. S. nueva gloria á la ilustre y verdadera sucesión de la Cueva y descendencia de los ínclitos Duques de Alburquerque, la ofrezco á V. S., ó por decir mejor, la restituyo, pues es propia suya. Aunque la humildad del estilo en qué va repugna á la alteza del sujeto, V. S. con su clemencia la ampare, con su virtud la favorezca, con su grandeza la defienda, y con su aceptación le dé vida, y eternice con pasar por ella la vista; que será el seguro y saludable antídoto contra la mortal de los venenosos Basiliscos que la podrían empecer, por la parte que de mi

escritura le toca, que por la propia con seguro de su gloria, y la que de V. S. tiene, menosprecia la crudeza del tiempo, y el vigor de la envidia, qual siempre ha hecho desde su milagroso principio que yo en mis humildes versos canto, de que no poco temeroso me deja, conociendo lo que merece la magestad de esta Historia, y lo que se le debe dedicar á V. S.; mas aquí suple el ánimo la cortedad del don, entendiendo que ninguno puede satisfacer á quien dotó el cielo de tantos. En Sevilla 15 de Septiembre de 1604 años.

JUAN DE LA CUEVA.



GESTA CANO

LIBRO PRIMERO.

I.

Un celestial espíritu me inspira,
y arrebatado el ánimo me lleva
á cantar, aunque no con igual lira
la descendencia ilustre de la Cueva.
Empresa que al terrestre ingenio admira,
de las cosas pasadas y presentes
si el hecho no celebra el mismo Marte,
ayuda Febo, y da Mercurio el arte.

II.

A vosotras, Deidades, do el secreto
de las cosas pasadas y presentes
está, suplico que esto que prometo
me digais; por que informe yo á las gentes.

Cantaré quién fué el nuevo Rey electo,
y quién mató el Dragon, los excelentes
Duques, que sucedieron al famoso
D. BELTRÁN DE LA CUEVA glorioso.

III.

Vos, Marquesa excelente, á quien el cielo
por ejemplar de la virtud ha dado
con tantas excelencias, que en el suelo,
de lo que puede, en vos nos dió un traslado:
porque no corte el vil temor el vuelo,
que vá á vuestra presencia encaminado,
acepta el bajo don, y en vuestro amparo
halle defensa contra el tiempo avaro.

IV.

Justamente demando el favor vuestro;
pues siendo vuestra la presente historia,
que de grandeza ilustra el siglo nuestro
y á los pasados dió inmortal memoria:
que por lo que á vos toca, á mí que muestro
de vuestra descendencia la alta gloria,
vuestro aliento será el que dará aliento
al mío, y nuevo espírítu á mi acento.

V.

Con ésto seré libre, que no sea
recusado por parte en este hecho,

que por ser de la Cueva mi phebea
musa, hace así bueno su derecho:
porque será gran yerro del que crea
tal cosa, pues el mundo satisfecho
está de la hazaña gloriosa
sin que le ayude el arte ni otra cosa.

VI.

Siendo ocupada la guerrera España
del bando Sarraceno, que oprimida
la tenía, después de la hazaña
de D. Rodrigo, por quien fué perdida,
los de Aragón en su miseria extraña
viendo á su gente casi destruida
con las reliquias que le habían quedado
del bárbaro furor, han acordado,

VII.

Que un nuevo Rey entre ellos se eligiese,
y así juntos en este acuerdo todos,
aunque pocos quisieron, que el Rey fuese
de la progenie ilustre de los Godos:
y porque á efecto aquel deseo viniese,
dando trazas, buscando vías y modos
para acertar, después que bien lo vieron
á D. García Jimenez eligieron.

VIII.

A la sazón estaban recogidos
en la peña que dicen de Corvera,
que está encima de Saca, allí escondidos
de los Moros, temiendo la ira fiera:
el nuevo Rey, al punto que ofrecidos
vió á su dominio á los que antes eran
compañeros; teniéndolos delante,
les dice así en voz clara y elegante.

IX.

«Varones dinos de inmortal renombre,
á quien concede la perpétua fama
gloria, más que se debe al mortal nombre,
que ya del Indo al Tajo se derrama:
lo que saber pretendo no os asombre,
pues sabéis el deseo que me llama,
que es seguir lo que fuere el gusto vuestro,
cual debo y cual vereis por lo que muestro.

X.

»Sólo quiero saber, ya que quisistes
de libres ser sujetos á mi fuero,
y por Rey vuestro todos me elegistes,
siendo cual era, vuestro compañero:
que me digais el cetro que me distes
de dó me hace Rey; ¿cuál es mi imperio?

¿dónde está el reino que me habeis nombrado Rey, pues de Moros todo está ocupado?»

XI.

Fuéle de todos luego respondido
que tomase el camino que quisiese,
que de ellos todos él sería seguido
hasta que el reino suyo poseyese:
del nuevo Rey fué al punto concedido
lo que se le pedía, y como viese
tan poca gente suya para un hecho
tan grave, dice con valiente pecho.

XII.

«Ilustres caballeros, la braveza
de vuestros invencibles corazones,
la constante virtud de fortaleza,
que promete donar cien mil naciones:
me asegura que á toda la fiereza
bárbara, de sus tendidos escuadrones
conque ocupan á España con violencia,
le hará el valor vuestro resistencia.

XIII.

«Más considero, que aunque esfuerzo os sobra,
nos falta gente con que al enemigo
acometer, haciéndole en la obra,
que el valor vuestro reconozca antiguo:

y porque así hablando no se cobra
la libertad del reino esperio amigo,
quiero que en esto un parecer sigamos,
si os pareciere, luego lo hagamos.

XIV.

«Ya sabeis que temiendo las extrañas
cruzas de los Moros poseedores
de Iberia, muchas gentes estas montañas
habitan recelando sus furores:
y labrando las sierras, y campañas,
pasan sus vidas en rústicas labores,
sin aspirar á más, que á aquel seguro,
que los repara del contrario duro.

XV.

«Pues veis que para el hecho á que aspiramos
tan difícil, quan digno de alabanza
sólos trescientos somos los que estamos,
que embrazamos pavéz, y traemos lanza:
soy de acuerdo, que luego á buscar vamos
(pues nos niega la suerte otra esperanza)
la gente que se alberga en estas sierras,
que recobrar ayuden nuestras tierras.

XVI.

«Éste, si fuere el vuestro, es mi decreto;
porque puesto en razón, esto conviene,

para que venga nuestro intento á efecto
y el poder pierda el bárbaro, que tiene:
y no entendais que tengo otro concepto
de vos, que el que vuestro ánimo sostiene;
que satisfecho estoy, que aún lo imposible
me promete el valor vuestro invencible.

XVII.

Á pasar iba el nuevo rey delante
con su razón, si no se levantara
un murmullo entre todos resonante,
que lo suspende, y á escucharlo pasa:
los unos dicen, que es razón bastante
lo que demanda el rey, otro se aclara
en contra, otro da acuerdo diferente,
otro lo aprueba, y otro no consiente.

XVIII.

Dicen los unos, que era cosa incierta
hacer buscando gente tal jornada,
que ya sería de las fieras muerta,
y así era impertinente y no acertada:
que no tenían ni una senda abierta,
y al cielo era la sierra levantada,
y que ellos no eran tantos que bastasen
á ir, y que á guardar al rey quedasen.

XIX.

En esto estaban todos confiriendo
los unos y otros sus razones dando:
estos van contra aquellos respondiendo,
y aquellos contra estos alegando:
en varios pareceres dividiendo
sus pareceres, y de el rey el mando,
concluyendo los unos, que á ello fuesen,
y los otros, que no se dividiesen.

XX.

De la suerte que en Troya el bando griego
dividido en acuerdos diferentes,
pedían los unos la partida luego
de Frigia á Árgos, do se vían ausentes:
otros decían que sin dar al fuego
de Priamo las fuerzas eminentes
no se moviesen, y en aquesta duda
Nestor hizo acabar la guerra cruda.

XXI.

Así del nuevo rey el escogido
y fuerte bando, sin poder llegarse
á un acuerdo, está en muchos repartido,
sin en nada acabar de conformarse;
la confusión crecía y el ruido,
crecían las voces; mas sin aplacarse

ni dar en tantos cortes solo un corte,
que acabando su duda á el hecho importe.

XXII.

Estaba entre ellos un varon famoso,
dicho Mossén Beltrán, que descendía
de la casa de Francia, y deseoso
que acabase de todos la porfía:
con rostro grave, y pecho valeroso
se pone en pié, diciendo: Esta osadía
se me perdone, y dame ¡ó rey! licencia,
para poder hablar en tu presencia.»

XXIII.

El rey levantó el rostro, y miró atento
aquel grave varón, y como viere
su presencia, y severo movimiento,
quedó suspenso á oir lo que dijere:
y haciéndole honroso acatamiento
le dijo, que sentado, propusiere
su acuerdo, el qual bajando la cabeza
desde su asiento, así á hablar empieza.

XXIV.

«Con justa causa debo ser culpado,
¡ó escelso rey! y valerosa gente,
por atreverme así en este senado
á dar mi parecer tan libremente:

y si no me hiciera disculpado
mi edad, y la ocasión que veo presente,
tened cierto de mí que no moviera
la lengua, ni á hablaros me atreviera.

XXV.

«Y confiado en esto, apruebo y digo,
que se busque la gente, que escondida
está huyendo al bárbaro enemigo
sin que la nuestra sea dividida:
para lo qual, yo traigo aquí conmigo
quatro hijos, que dejan la querida
pátria, y vienen buscando los cristianos
para ayudallos contra los paganos.

XXVI.

«De estos el uno vaya procurando
sin dejar alto monte, ni campaña
los cristianos que hubiere, apellidando
la libertad de nuestra opresa España:
si los hallare, los podía ir juntando,
y traerlos aquí de la montaña,
avisados del nuevo rey que tienen,
y la ocasion justísima á que vienen.

(Se continuará).



HISTORIA, Y SUCESIÓN DE LA CUEVA,

POEMA ESCRITO POR

JUAN DE LA CUEVA

~~~~~  
*Continuación.*

XXVII.

«Por esta vía ¡ó Rey! serán buscados  
los escondidos de la fiera espada  
sarracena, sin ser de tí apartados  
los que tienen tu guardia encomendada:  
que más justo es que estén así allegados,  
que esparcidos por esa levantada  
sierra, pues dividiéndolos tu fuerza  
disminuida habrá de ser por fuerza.»

XXVIII.

Dejó de proceder con sus razones  
el gran Mossén Beltrán, viendo que en esto,  
conformando las varias opiniones,  
pedían que al punto en obra fuese puesto:  
y así dejando todas dilaciones  
miró á sus hijos, que dejando el puesto  
se ponen junto al padre, el qual al cunto  
les dice, como así los tuvo juntos.

XXIX.

«Hijos, ¿cuál ha de ser el que cumpliendo  
el real mando, á lo acordado vaya?  
á su antiguo valor correspondiendo  
cumpla lo dicho, y los cristianos traya:  
de todos tal esfuerzo comprehendo  
cual es razón que en tales pechos haya,  
y así quedo seguro que esta empresa  
consegureis, cumpliendo mi promesa.

XXX.

«De vuestro pátrio albergue andais ausentes;  
las duras armas siempre exercitando  
contra los fieros moros inclementes,  
los opresos cristianos ayudando:  
en ésto, vuestros ánimos valientes  
ocupais, vuestra sangre derramando,

ensalzando la santa fé cristiana  
con justa estirpación de la pagana.

XXXI.

«Esto sólo nos trae de Francia á España;  
y así á nosotros justamente obliga  
á conseguir tan célebre hazaña;  
pues suave es por Dios qualquier fatiga:  
vos, D. Beltrán, siguiendo esta montaña,  
nuestra justa demanda se consiga  
por vos; pues vos sois solo el señalado  
para cumplir lo que es del rey mandado.

XXXII.

Por mayor de vuestros tres hermanos,  
señalo á vos, y no porque ellos sean  
menos que vos en defender cristianos,  
y en ofender los que los señorean:  
testigos son los hechos soberanos,  
que así deben llamarse, pues emplean  
por Dios, el cual os colme de ventura,  
y os traiga con el fin que se procura.»

XXXIII.

Acabó su razón el valeroso  
Mossén Beltrán, mostrando en su semblante  
una severidad con tal reposo  
que Catón se admirara á estar delante:

al punto el hijo á el hecho presuroso  
se dispone con ánimo bastante.  
para cumplir del rey el mandamiento  
y salir victorioso con su intento.

XXXIV.

Alégase á el rey, y ante sus piés postrado  
la mano le demanda, y su licencia;  
más el rey lo abrazó, y ha levantado  
del suelo, donde estaba en su presencia:  
y habiéndole el negocio encomendado,  
Don Beltrán con humilde reverencia,  
despedido del rey, del padre y gente,  
en su caballo sube prestamente.

XXXV.

Solo, blandiendo una fornida lanza  
de la vista de todos se desvía,  
llevando puesta toda su esperanza  
en Dios, pues es él sólo el que lo guía:  
seguro con tan cierta confianza,  
por los cerrados montes hace vía,  
discurriendo por una y otra banda,  
sin saber donde vá aunque más anda.

XXXVI.

Ya una estrecha senda lo encamina,  
y torciendo á otra parte lo levanta,

á una cumbre que al cielo se avecina,  
donde jamás tocó de hombre la planta:  
vuelve la vista atrás, no determina  
camino cierto, y el lugar le espanta  
tan alto, y los caminos tan dudosos,  
cerrados con los árboles hojosos.

XXXVII.

Prueba ir por do el paso más abierto  
se le demuestra, y luego se le cierra,  
quedando en medio de una vía, incierto  
va sin saber do va por la alta sierra:  
quiere volver atrás, creyendo cierto  
que acierta, y pareciéndole que yerra,  
muda de acuerdo, y por do halla senda  
mete el caballo, y lárgale la rienda.

XXXVIII.

Va cual la nave á quien el mar violento  
con tempestad soberbia hace ultraje,  
que impelida del fiero movimiento,  
le niega hacer derecho su viaje:  
el prudente piloto pierde el tiento,  
las bravas olas no le dán pasaje,  
levantándose al cielo, descubriendo  
el centro, y sus arenas revolviendo.

XXXIX.

Mas el piloto viéndose dudoso,  
del fiero mar y vientos aquejado,  
el gobernalle vuelve presuroso  
y déjase llevar del viento airado:  
Así el valiente jóven animoso,  
viendo el monte á las nubes levantado,  
y no camino cierto, se encamina  
por el que halla, y por aquél camina.

XL.

Andando así, la sierra iba bajando  
por una senda angosta, y retorcida,  
que el caballo cayendo y levantando  
pasaba á riesgo de perder la vida:  
ya en el crecido tronco tropezando,  
ya en el agudo risco dá caída,  
ya vuelve á levantarse, y así yendo,  
fué un espacioso prado descubriendo.

XLI.

La vista puso en él, y vió que estaba  
de verde yerva, y árboles compuesto,  
y que un arroyo de agua lo bañaba,  
que de fertilidad henchía aquél puerto:  
seguía á la vista el paso, y caminaba  
para allá, deseando verse presto

en tal lugar, cuando una voz ligera  
oyó que le decía, *espéra, espéra.*

XLII.

Revolvió á do la voz oyó derecho,  
y un hombre vió, que adonde ésta venía  
con priesa, cual huyendo algún estrecho,  
y que del alto monte descendía:  
el cabello y la barba hasta el pecho,  
que los hombros, y rostro le cubría,  
desnudo todo; que mostraba al cielo  
las carnes, negras ya del sol y el yelo.

XLIII.

Don Beltrán, admirado de mirallo,  
tuvo por cierto que era algún salvage,  
puesto donde alcanzó á determinallo  
quedando atrás el áspero boscage:  
y llegando á los pechos del caballo  
le dice: «¿dónde vas? tuerce el viage  
vuélvete al monte, huye esa campaña,  
si haber no quieres una muerte extraña».

XLIV.

-- Has de saber, que está en aquella parte,  
donde aquél risco solo se descubre,  
una gran cueva hecha allí sin arte  
donde un Dragón mortífero se encubre:

su cruesa no sé significarte,  
ni el grande espacio, que su cuerpo cubre;  
porque es poco decir, que es más que un monte,  
y aunque cuanto descubre este horizonte.

XLV.

«Este de sangre humana se sustenta,  
y es de suerte, que él sólo ha consumido,  
más cristianos, que no la lid sangrienta  
en que fué el postrer Godo destruido:  
porque muchos huyendo aquella afrenta  
á vivir á estos montes se han venido,  
y este horrible Dragón los ha acabado,  
que hombre por todo aquesto no ha dejado.

XLVI.

«Y así te ruego, ¡ó noble caballero!  
que de seguir ese camino dejes,  
ántes que á verte alcance el mónstruo fiero,  
que se remedia con que de él te alejes:  
y díme dónde vás; porque yo quiero  
guiarte, sin que más por aquí aquejes  
tu persona, subiendo estas montañas,  
do sólo habitan fieras alimañas».

XLVII.

Oyendo estaba D. Beltrán atento,  
sin mover, escuchándolo, el semblante.

y viéndole que fin ponía á su cuento,  
responde al hombre que tenía delante:  
«quisiera dar á tu piadoso intento  
por el consejo, el galardón bastante,  
si posible me fuera, tal cual pide  
tu menester, que el no poder me impide.

XLVIII.

Más supla aquí la voluntad piadosa,  
pues no puede la obra á mi deseo  
corresponder, ni remediar en cosa  
la mísera pobreza en que te veo:  
la cual, y la cadena trabajosa  
en que está España hecha ya trofeo  
del Bárbaro con bélica violencia,  
reparará la celestial clemencia.

XLIX.

«Y por principio de este bien que digo  
y de la libertad que se procura,  
tenemos elegido un rey amigo,  
que libre á España de esta opresión dura;  
yo por su mando este alto monte sigo  
á procurar (si fuere mi ventura)  
que halle los cristianos, que escondidos  
están aquí del moro recogidos.

L.

«Hoy queda en Jaca el nuevo rey electo  
con trescientos valientes caballeros,  
bastantes á libraros de este aprieto,  
y á destruir los africanos fieros;  
y para que esto venga ya en efecto,  
y España vuelva á restaurar su fuero,  
díme dónde podré hallar cristianos  
que á echar de España ayuden los paganos.»

LI.

D. Beltrán sus razones concluyendo,  
de esta suerte aquél hombre le responde:  
«que haya cristianos por aquí no entiendo,  
y si los hay, no sé decirte á dónde:  
porque cuantos había el mónstruo horrendo  
hechos pedazos en su vientre esconde,  
cual los huesos lo están manifestando,  
que aún desde aquí ver puedes blanqueando.

LII.

«Y quiérote decir que si otro hubiera  
aunque fuera gran trecho desviado,  
que sin duda ninguna yo lo viera,  
porque piso cuanto es de aquí mirado»:  
D. Beltrán le responde; «que yo quiera  
volverme no podré que soy mandado;

y así cumpliendo lo que el rey me manda  
he de ir, aunque muera en la demanda».

LIII.

Vuelve la rienda y su camino sigue,  
y el hombre queda viendo su denuedo  
diciendo, «¡hay cielol que hay qué así te obligue  
á la espantosa muerte tan sin miedo,  
¡qué furia te contrasta ó te persigue  
ó qué me impide á mí que no te puedo  
ayudar, si no sólo con mirarte,  
y á Dios desde este monte encomendarte?»

LIV.

Así decía este hombre congojoso,  
y D. Beltrán el monte atravesando,  
entró en un verde prado deleitoso,  
su frescura y grandeza contemplando:  
medía la aguda vista el espacioso  
sitio, volvía los árboles mirando,  
llenos de verdes ramos retejidos  
unos con otros con la vida asidos.

LV.

El verde Aliso y el Plátano excelente,  
el largo Abeto y el Laurel sagrado,  
los Alamos de Alcides el valiente,  
tenían el fresco puerto coronado:

que pasando por ellos la corriente  
de un agua pura, que con sosegado  
curso, fertilizaba el sitio ameno,  
que siempre estaba de frescura lleno.

LVI.

Convidaba el lugar á detenerse,  
y el olor regalado de las flores,  
á donde el raro Amomo podía verse,  
el Nardo y Casia dando sus olores:  
la flor del que no pudo defenderse  
de si, y por si, se ardió en vivos amores,  
y la del hijo de Herione fuerte  
que así mismo se dió la cruda muerte.

LVII.

El blanco lirio, y colorada rosa,  
aquí se vía, y el suave acanto,  
y la inmortal ambrosia, y la olorosa  
mirra, y la flor que á Phebo puso en llanto:  
cuya muerte soberbia y rigurosa  
Zephiro le causó, por ver que tanto  
prevalecía en el amor de Apolo,  
y que él no era el que la amaba sólo.

LVIII.

Iban pintando el deleitoso exido  
el rojo jalde y alhelí galano,

las violas que alegran el sentido,  
el jazmín oloroso y soberano:  
de todo ésto gozaba embebecido  
D. Beltrán, más siguiendo el fresco llano,  
la cueva descubrió, y en el momento  
tuvo la rienda para verla atento.

### I.IX.

Del camino seguido se desvía  
sobre mano derecha una espesura,  
de retegidos árboles, que al día  
niegan entrar allí con su luz pura:  
un alto risco en torno se cubría  
con ellos, descubriéndose una oscura  
gruta, por una parte descubierta,  
que de la horrible cueva era la puerta.

### LX.

De ellas salía con sonoro estruendo  
el golpe de agua que regaba el prado  
y arboleda, y á un valle descendiendo,  
se hacía un estanque represado:  
todo ésto corría el mónstruo horrendo  
hombres buscando, fieras y ganados,  
para su pasto, y siempre estaba de esto  
lleno de sangre y huesos aquel puerto.

LXI.

A la boca tendido de la cueva  
estaba el Dragón fiero y espantoso  
durmiendo al sol, seguro de la prueba  
que ha de hacer el jóven animoso:  
el cual viéndolo, el ánimo renueva,  
y el caballo revuelve presuroso,  
poniéndole más ánimo y braveza  
ver del horrible mónstruo la fiereza.

LXII.

No le pone pavor, ni le detiene  
la grandeza increíble, ni le impide  
la extraña forma que la fiera tiene,  
para que allí de su valor se olvide:  
antes juzgando que esto le conviene,  
arremete do el ánimo le pide,  
con tal denuedo, que el Dragón se espanta,  
y el sueño deja, y fiero se levanta.

LXIII.

Y revuelve con furor el espantable  
cuerpo, lleno de escamas relumbrando,  
mil silbos con fiereza da notable  
y con la cola el viento va azotando:  
el fuerte D. Beltrán con admirable  
valor aguarda, y junto de él llegando

le da un bote de lanza, y acudiendo  
con otro, le hizo atrás volver huyendo.

LXIV.

Cayendo y levantando torna fiero,  
estimulado de ira tan rabiosa  
con muerte amenazando al caballero,  
mirándolo con vista pavorosa:  
el cual acude con valor entero  
dándole otra lanzada rigurosa;  
que quebrándole un ojo lo detiene,  
sojuzgando el coraje con que viene.

LXV.

De silbos espantosos hincha el cielo  
ardiendo en ira por tomar venganza,  
y á D. Beltrán se vuelve en presto vuelo  
y con la cola un golpe tal le alcanza,  
que del caballo lo derriba al suelo,  
de la mano arrancándole la lanza:  
huye el caballo de la horrible fiera,  
y el caballero á darle muerte espera.

LXVI.

Pone mano á la espada y arremete  
al Dragón fiero, que sobre él venía,  
y con un golpe, y otro le acomete,  
y á prisa por mil partes lo hería:

ya por el escamoso pecho mete,  
la aguda punta, ya la vista guía,  
ya hiere el cuello hinchado y venenoso,  
ya el ancho vientre horrible y espantoso.

LXVII.

Los silbos y los golpes retumbaban  
en las extremidades con violento  
son, las campañas todas resonaban,  
que llenas dél se reparaba el viento:  
las aves de su curso se olvidaban,  
huían las fieras su nativo asiento,  
los ríos su curso hacía atrás volvían,  
y los montes de horror se estremecían.

LXVIII.

La lid sangrienta mira desviado  
el hombre que al valiente caballero  
dió aviso, que huyendo de aquel prado  
no se viera en poder del mónstruo fiero:  
el cual viendo la piel, y en tal estado  
á contárselo al rey partió ligero,  
al punto que el Dragón la cola alzando  
le dió un golpe, y le hizo ir tropezando.

LXIX.

Con presteza increíble se levanta  
encendido en coraje y nueva ira,

dándole golpes con braveza tanta,  
que la bestia de espanto se retira;  
mas tornando sobre él, por la garganta  
le hiere, y en el mismo punto tira  
una punta á la vista encaminada  
que por el ojo le metió la espada.

LXX.

Quedó el Dragón de todo punto ciego  
lleno de horror para tomar venganza,  
por los ojos lanzando sangre y fuego,  
mil silbos dando, que uno á otro alcanza:  
no le da el fiero D. Beltrán sosiego,  
golpeando sobre él con tal pujanza,  
que ya no se defiende el mónstruo horrendo,  
y al suelo viene con horrible estruendo.

LXXI.

No de la cumbre altísima descende  
con igual son el arrancado pino  
cuando el soberbio Boreas más se enciende,  
y por los riscos se hace hacer camino:  
ni máquina que al fuerte muro ofende,  
que atruena con ruido repentino,  
que el ronco estruendo sube al alto cielo,  
estremecer haciendo el ancho suelo.

LXXII.

Así cayó con tal ruido y estruendo  
el herido Dragón en aquél prado,  
por mil heridas sangre revertiendo,  
que como de un arroyo era bañado  
el victorioso caballero viendo  
al fiero mónstruo puesto en tal estado  
que ni ya se movía, ni resollaba,  
que tan seguro como un risco estaba.

LXXIII.

Resbalando en la sangre venenosa,  
sacada con su brazo y fuerte espada,  
entró en la cueva ancha, y espaciosa,  
que de huesos halló toda ocupada:  
en medio de ella está una sonora  
fuente, sin artificio fabricada,  
que la cercaba en torno como en rueda,  
y de allí salía el prado, y alameda.

LXXIV.

El suave murmuréo le convida  
que del trabajo tome allí reposo;  
mas el cuidado no le dá cabida  
que aún cabo y otro le traía cuidadoso:  
miraba si otra fiera allí escondida  
estuviese y con pecho valeroso,

para ver si herido está, se sienta,  
y el quebrantado cuerpo mira y tienta.

LXXV.

Ponía la mano en el valiente pecho,  
y de los fieros golpes que ha sufrido  
le parecía todo estar desecho,  
sin tiento, aunque lo tienta demolido:  
el fuerte cuerpo del horrible estrecho,  
del dolor tiene todo adormecido:  
respira, y lanza con el tardo aliento  
sangre cuajada que cubría el asiento.

LXXVI.

Ocupado está en ésto solamente  
el valeroso y fuerte caballero,  
sentado encima de la tosca fuente,  
los despojos mirando del guerrero:  
cual en el campo Gético el valiente  
Marte, después de haber con duro acero  
vencido los Gelones, que sentado  
mira lo que su brazo ha destrozado.

LXXVII.

Así el valiente D. Beltrán estaba  
mirando el sitio de frescura lleno,  
donde el fiero Dragón se apacentaba  
á quien tenía de la vida ageno:

con esto su cansancio reparaba,  
cuando del hondo y arenoso seno  
removiéndose el agua encima de ella, aún todavía,  
se le aparece una Neréida bella.

LXXVIII.

Del medio cuerpo arriba descubierto  
sobre las claras ondas, esparcido  
el mojado cabello sin concierto,  
de verde musco todo entretejido:  
como ya el punto deseado y cierto,  
que el hado le guardaba llegar vido,  
de revelar al caballero fuerte  
lo que ordenaba de él la fatal suerte.

LXXIX.

Llegándose más cerca al animoso  
y fuerte jóven, que le está mirando,  
del caso extraño en suspensión dudoso  
el fin incierto que será 'aguardado:  
sosegando del agua el espumoso  
curso, la voz y mano levantando  
le comenzó á decir lo que remito  
al libro que se sigue en este escrito.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.